

mas llegando á él le hallaron muy poblado y así les fué preciso valerse del rendimiento y la súplica para que les permitiesen los texcaltepecas, moradores de aquel cerro, establecerse en él. Otorgáronselo de buena gana, y á poco tiempo parió la Malinalxochitl un hijo que se llamó Cohuitl. Con esto da fin la historia de esta muger, y no se vuelve á hablar mas de ella.

Esta relacion fabulosa envuelve un suceso verdadero, porque de esta especie de fábulas alegóricas usaron mucho estas gentes, principalmente en los cantares. El suceso verdadero de esta es que conociendo Malinalxochitl el embuste del rapto de Huitziton, que finjieron los ancianos por quedarse con el mando, y llevando á mal que no se le diese parte en el gobierno, en que tanta habia tenido en tiempo de su hermano, comenzó á disgustarse, y á procurar atraer gente á su partido: esta era su magia y hechicería. Algunos de los ancianos mas sabios y prudentes la siguieron, y esto quieren significar con decir que les comia las panto-rrillas, brazos y labios porque se hacia dueño de sus acciones y palabras; pero la multitud del pueblo, siempre propensa á dar acenso á lo mas portentoso y admirable, y preocupada del brillante suceso del rapto de su caudillo, seguia ciegamente á los otros sacerdotes, los cuales para deshacerse del embarazo y contrapeso que les causaba Malinalxochitl, fingieron que enojado Huitzilopuchtl por la altivez y presuncion de su hermana, les mandó desde la urna que se separasen de ella y de sus partidarios: esto significa el decir que la dejasen abandonada en un monte, y con ella á los viejos que la cargaban; expresion con que dan á entender que eran sus secuaces, y así giraba tambien contra ellos el odio

de los sacerdotes, á cuya persuasion ejecutó el pueblo sus órdenes, separándose de ellos, ó acaso ella con los de su partido se separó voluntariamente del resto de la nacion, y se retiró al cerro de Texcaltepec, que ya estaba poblado, y fueron bien recibidos de los moradores, que les dieron terreno en que establecerse, y poco tiempo despues, quizá por obviar algunas disenciones, les compraron la tierra á los texcaltepecas, que eso quiere decir el haber parido Malinalxochitl un hijo llamado Cohuitl, que significa el *comprador*, porque este pueblo, ó cuadrilla de gentes que siguió á Malinalxochitl, la veneró como á madre.

CAPITULO XIII.

Continúan las noticias de la vida de los mejicanos y theochichimecas, hasta su llegada á estas tierras de Nueva España, y sus primeros establecimientos; y se da noticia del juego de la pelota. Eleccion del primer rey de los Mexicas. Muerte del emperador Tlotzin.

Aunque el principal caudillo de los mejicanos era Huitziton, venian tambien con él otros personajes respetables; unos dicen que eran tres, otros que cuatro, y Chimalpain dice que siete. Todos concuerdan en el nombre del uno, á quien llaman Ocelopan, pero algunos creen que este era el mismo Huitziton, y estos son los que dicen que le acompañaban otros tres señores, á quienes dan los nombres de Itzcahui, Yopiatzone y Cuexpalatl.

D. Carlos de Sigüenza parece que sigue la opinion

de que Huitziton y Ocelopan eran uno mismo; no lo dice expresamente, pero asienta que Malinalxochitl era hermana de Ocelopan. Yo me persuado á que es distinto, y que Ocelopan y los otros tres sus compañeros fueron los cuatro Tlamacazquis que fingieron el embuste del rapto de Huitziton. Chimalpain en su historia mejicana dice que fueron hasta siete los gefes que los condujeron desde Chicomoztoc, incluyendo en ellos al capitán ó gobernador Tenunctzin, que fué el que vino con ellos hasta estas tierras, y de quien hablaré en su lugar, el otro dice que se llamó Chalchiuhtlatonac, y el otro Mexitzin, de quien tomaron la denominación de mexicas. De los demas, ni él dice los nombres, ni yo los he hallado en otro de sus historiadores. Otros dicen que este Mexitzin se quedó en Michoacan con un trozo de estas gentes, que se estableció allí y que de ellos fueron los que vinieron despues en el reinado de Techotlalatzin, como se dirá á su tiempo.

Los que escriben la historia de los theochichimecas no mencionan á Huitziton, sino á otro llamado Camaxtle, que dicen fué su caudillo, á quien despues de muerto adoraron por Dios, guardando sus huesos en una urna. Pero Muñoz Camargo que escribe con mas discrecion, dice que Camaxtle es el mismo que Huitzilopuhctli, que este nombre le dieron los mejicanos, y Camaxtle los tlaxcaltecas, y que cuando se separaron dividieron tambien sus huesos. A este Camaxtle dicen unos que acompañaba otro personage llamado Mixcohuatl, otros dicen que este era el mismo Camaxtle, y otros creen que era aquel señor á quien los mejicanos llaman Ocelopan.

Despues de la dilatada y peligrosa peregrinacion

por sierras y montañas, dicen que vinieron á la provincia de Michoacan, en donde hallaron ya muchas poblaciones, que sin duda serian las que se habian propagado de las que dejaron los toltecas, cuando vinieron á establecerse á la tierra de Anáhuac; pero sin embargo en unas partes admitiéndolos de paz los moradores, y en otras valiéndose de la fuerza de las armas, se establecieron y extendieron sus poblaciones en toda la provincia.

No dan noticia de las que fueron estas, ni sus nombres, sino solamente de la ciudad de Pazcuaro, que fué despues la corte del gran reino de Michoacan, y subsiste en nuestros dias con bastante vecindario; porque algunos de los historiadores de la nacion mejicana afirman que de ella fué de donde salió la cuadrilla de esta nacion que vino por estos tiempos á la Nueva España. La causa que tuvieron para emprender esta jornada fué segun estos autores la disension y discordia que se suscitó entre los vecinos de esta ciudad, originada de un ligero motivo.

Dicen que un dia se echaron á bañaren el rio muchos hombres y mugeres juntos, y miéntras se divertian y holgaban dentro del agua, jugando y retozando unos con otros, algunos sacerdotes y señores principales (de los que dejo dichos, en cuyo número y nombres varian) que desde la orilla los miraban, pareciéndoles mal aquella diversion, les hicieron quitar todas las ropas, que en ella habian dejado, obligándoles con esto á salir desnudos, y retirarse de esta suerte avergonzados á sus casas; de esto se originó la queja entre los nadadores y los dichos señores, á quienes se agregaron otros, y dividida en bandos la ciudad, crecian cada dia los distur-

bios, porque determinaron los dichos señores abandonar la ciudad, y salir con los de su partido en demanda de otras tierras en que poblarse; para lo cual fingieron que su Dios Huitzilopuchtlí, desde la urna en que estaban sus huesos, que tenían consigo en aquella ciudad, se los había mandado. Engañados de esta suerte sus partidarios emprendieron su marcha, guiados y gobernados de los dichos sacerdotes, que para todas sus determinaciones fingían que consultaban á su Dios á quien llevaron en la urna. No dicen el año de su salida, ni el tiempo que tardaron en su viaje, ni es fácil averiguarlo.

Los escritores theochichimecas cuentan de otro modo el suceso. Dicen que viniendo todos juntos, se adelantaron algunas cuadrillas, y llegando á un estrecho ó brazo de mar, que algunos asientan fué el rio de Toluca, que desemboca en la mar del Sur, por la parte occidental, respecto de la Nueva España, se determinaron á pasarle, formando balzas de troncos de árboles, y no teniendo con que amarrarlos, se quitaron los maxtlis, que eran unas bandas de mas de cuatro brazas de largo, y palmo y medio de ancho, de tela de algodón, con que se cubrían lo mas inhonesto, como una especie de braguero, y esta era la única ropa que usaban. Afianzaron con ellas los maderos, y formaron balzas en que pasaron de la otra banda del rio con sus mugeres ó hijos. Con esta maniobra se les rompieron y perdieron los maxtlis, y hallándose enteramente desnudos, pidieron á sus mugeres las camisetas que usaban, que eran cortas, de suerte que no pasaban de los muslos, sin mangas, y con una abertura en la parte superior para sacar la cabeza, y dos á los lados para sacar los

brazos: hoy se llama esta pieza de ropa coton, y le usa mucho toda la gente pobre. Con esto se cubrieron los hombres desde el cuello á los muslos, y las mugeres quedaron con solas las enaguas, y descubiertas de medio cuerpo arriba. Como los hombres no tenían cosa alguna que les sujetase de la cintura abajo, descubrían las partes genitales, que al andar les azotaban los muslos, y las mugeres con la falta de las camisetas ó cotoses llevaban descubiertos los pechos.

Las otras cuadrillas que quedaron atras, y dicen haber sido las de los mejicanos, teochimecas y otros pasaron tambien el estrecho en balsas; pero se dieron maña para afianzarlas sin despojarse de sus ropas. Habiendo llegado á alcanzar á los primeros, y viendo aquella desnudez é inhonestidad, se hostigaron de ella, y este fué el motivo de separarse, quedándose en las tierras de Michoacan los primeros á quienes dieron el nombre de tarascos, por el sonido que les hacian las partes genitales en los muslos al andar, y los otros pasaron adelante hasta estas tierras del imperio tezcucano.

No es de omitir la noticia que nos dan en este lugar del origen y principio del juego de la pelota, cuya invencion atribuyen á su Dios Huitzilopuchtlí en esta jornada. Siguiéron en ella como hemos visto el mismo método que los toltecas, esto es, caminaban algunos días seguidos, y en llegando á parage cómodo que les agradase, hacian alto y se mantenían en él algun tiempo. En unos la mansión seria solamente de días ó de meses para descansar; en otros era de años, en que cultivaban la tierra y hacian sus sementeras para proveerse de bastimentos con que poder seguir su caminata. En estas largas mansiones dicen que lo primero

que hacian era fabricar cue, que quiere decir *templo*, en que colocar la urna de su Dios, y darle culto y adoracion.

En una de estas, pues, aunque no se dice en qué parage, habiendo fabricado el templo colocaron en él la urna, y al pie de ella pusieron una gran basija de jícara, que es la corteza del fruto de un árbol silvestre de este nombre, de la que fabrican basijas de todos tamaños para beber agua y chocolate, lavarse las manos, y otros usos, porque las hay muy grandes, y las pintan de varios colores, y sobre ellos un barniz muy lustroso y permanente. La dicha jícara que pusieron al pie de la urna, era para recoger en ella las ofrendas y oblaciones que hiciesen á su Dios de todos sus frutos, de las que se aprovechaban los sacerdotes. Hecho esto oyeron la voz de su Dios que les habló, mandándoles que colocasen á sus lados en aquel templo los bultos de otros dioses aunque no están acordes los escritores en asignar el número de ellos, ni sus nombres; pero de la confrontacion de unos con otros infero que fueron todos ó los mas de los que dejo nombrados en el capítulo anterior.

Colocados los dioses á los lados de Huitzilopuchtli les mandó este que para festejarle y divertirse formasen delante del templo el juego de la pelota, dándoles la idea y forma para ejecutarlo, que dicen haber sido la misma que observaron en los tiempos sucesivos. Mandóles picar unos árboles que habia allí inmediatos, y que de la goma que destilasen formasen las pelotas. A esta goma dan el nombre de ulli ú olli; pero en realidad esta voz lo que significa es *bola* ó pelota redonda, derivada ó del verbo ollinia, que significa *mo-*

verse al rededor, ó del verbo ollala, que significa *redondear*, y así la goma tomó el nombre de la figura de la pelota.

La dicha goma es muy espesa, y apenas sale del árbol se cuaja, por lo que es necesario servirse de ella con mucha prontitud, ya sea para formar las pelotas, ó para otros usos á que en nuestros tiempos la aplican, como son untarla y extenderla sobre ropas de seda, lino ó algodón, que quedan como enceradas, y no les penetra el agua, y tambien la extienden sobre zapatos y botines. Las pelotas que se hacen de ella quedan sólidas, duras y pesadas, pero es tanta su elasticidad, que con solo dejarlas caer en el suelo levantan un gran bote, y rechazan con igual violencia; y así para este juego son muy buenas, pero por su dureza no se pueden manejar sin forro y alguna lana ó borra, que al mismo tiempo que perfeccione la figura de la pelota, embote algo su violencia.

Las que hacian los indios en su antigüedad eran solo de olli, y muy grandes, porque las menores tenían un palmo de diámetro; mas no jugaban con las manos, sino con las sentaderas, de suerte que el que hacia el saque dejaba caer la pelota, y al bote que levantaba volvía el cuerpo, y con las nalgas la despedía: del mismo modo la recibian en el rechazo, y la volvian á despedir, y de esta manera la mantenian mucho tiempo en el aire sin dejarla caer al suelo, porque perdía el que la dejaba caer. En medio del juego habia un agujero ú hoyo con agua, y el que la dejaba caer allí perdía toda la ropa que llevaba, y habia de sufrir que todos le llenasen de injurias, oprobios y dicterios los mas

horrendos, entre los cuales era el mayor y mas comun el llamarle huey tetlaxinqui, que quiere decir *gran adúltero*, y decian que habia de morir á manos del marido ofendido, ó en la guerra á manos de sus enemigos, y otros semejantes desatinos. En los tiempos sucesivos usaron mucho este juego de pelota, y era una de las diversiones mas frecuentes de los reyes y señores mas principales.

Asientan, pues, los historiadores que en esta ocasion y viaje tuvo su origen este juego, y toda la idea y método de ejecutarlo se los dió su Dios Huitzipuchtli. Pudo ser Huitziton el que halló esta goma, y advirtiendo su propiedad elástica, que ella misma le indujese á inventar este juego, y acaso por esto le jugaban despues en memoria suya delante de los templos en que colocaban la urna de sus huesos: si no es que lo inventase despues de su muerte alguno de los sacerdotes, y para hacer mas plausible su invento, les fingió é hizo creer la revelacion.

Continuaron su viaje hasta las tierras de Nueva España, donde llegaron segun la opinion mas probable el año de 1298 como dejo ya dicho. Luego que llegaron dicen que se dividieron los mejicanos de los teochichimecas, y estos entre sí, porque habiéndose presentado al emperador pidiendo tierras en que poblarse, este les señaló los llanos de Poyauhtlan cerca de Tezcoco, al lado y faldas de su sierra; y pareciéndoles muy corto el terreno, y rodeado de poblaciones, determinaron pasar adelante, y dejando un buen número de ellos que se poblase allí, tomaron los otros el camino por las faldas del volcan á la banda del Sur, y vinieron á salir al valle de Atlixco, y se fueron exten-

diendo por este territorio hasta Tlaxcallan, fundando muchas poblaciones.

La nacion mejicana dicen sus historiadores que se estableció toda en las faldas del cerro de Chapoltepec, situado una legua corta al Poniente del sitio en que despues fundaron la ciudad de Méjico.

No hallo escritor alguno que diga que para avcindarse allí precediese el presentarse al emperador, como se dice de las demas naciones que vinieron, para que se les señalase terreno en que poblarse, ó diese su venia para establecerse en Chapoltepec. Pero parece inverosímil que dejasen de hacerlo, y mucho mas que un tan poderoso emperador, y tantos reyes y señores respetables lo hubiesen tolerado y disimulado, sin hacerles oposicion alguna, mayormente siendo el terreno perteneciente al rey de Azcapozalco, y á poca distancia de su corte, donde era mayor la poblacion y el concurso, y mucho mas diciéndonos que poco tiempo despues de haberse establecido en Chapoltepec, emulando á las demas naciones que estaban aquí pobladas, determinaron elegir un rey que los gobernase.

Oponianse á ello los viejos sacerdotes por no dejar el mando, fingiendo locuciones de su Dios, que se enojaba y les amenazaba porque pensaban elegir quien los gobernase, declarándoles que él solo queria gobernarlos por medio de sus sacerdotes á quienes hablaria desde la urna para dirigirlos en sus determinaciones. Mas no les valió la industria; porque el pueblo encaprichado en su idea, hizo poco caso de las amenazas de su Dios, y á pesar de los vjejos eligieron rey.

Este fué un señor principal llamado Huitzilihuitl, hombre de mucho seso y cordura, y adornado de todas

las prendas apreciables de un príncipe. Era hijo de Ilhuicatl, y nieto de Toxpanecatl, señor de Tzonpanco, de quien hemos dicho en el capítulo pasado que nació en Tizayocan durante la mansión de los mejicanos en este pueblo, del matrimonio de Ilhuicatl con Tiacapantzin, señora mejicana, según allí referimos; y si hemos de estar al itinerario del anónimo mejicano, no podía llegar á los treinta años de edad; pero en esto me persuado á que padecen equívoco algunos escritores nuestros y naturales modernos, que dicen era hombre anciano y respetable; y ya infero la causa del error, y es que en el progreso de la historia, cuando se ofrece nombrar á este rey, le llaman Huitzilhuítl el viejo, para distinguirlo de su nieto que tuvo el mismo nombre, y fué también rey de esta nación, el segundo después de fundada su ciudad de Méjico.

Hizo esta elección la aclamación común del partido opuesto á los sacerdotes, y apenas sonó en público, se aumentó considerablemente el número de partidarios, viendo que recaía en sugeto tan digno por su calidad y prendas personales; y así los sacerdotes hubieron de ceder á la mayor fuerza, y darle también obediencia, á pesar de las órdenes de su Dios Huitzilopuchtli, quien durante el gobierno de Huitzilhuítl no se atrevió á pretender el mando de la nación. Estando en este estado las cosas, acometió al emperador Tlotzin un accidente de vehementes dolores de cabeza y cuerpo; y sin embargo de que le acudieron luego con todos aquellos remedios que les ministraba su arte médica, no solo no lograba alivio alguno, sino que cada día le afligían más los dolores, y con ellos se aumenta-

ba el decaimiento y falta de fuerzas, y sobre todo una suma tristeza y melancolía. Procuraban divertirle con juegos, bailes y otros entretenimientos de que solía gustar, y más que todo con llevarle frecuentemente á sus bosques de caza, que había sido para él la mayor diversión; mas no había cosa que le alegrase ni divertiese, ni medicina que alcanzase á aliviar sus dolores.

Corrían ya cuatro meses de enfermedad, y se hallaba el monarca tan postrado, que ya no podía moverse de la cama: rodeábanle continuamente en ella la emperatriz su esposa, los príncipes sus hijos y todos los mayores señores del imperio. Un día pues, más aquejado de sus males, y sepultado en una profunda melancolía y tristeza, sintiéndose ya muy cercano á su fin, prorrumpió en un gran suspiro. Uno de aquellos señores procurando consolarle le dijo de esta suerte: «Muy poderoso señor ¡qué es lo que te aflige, y te da tanta pena? ¡No eres señor de todo este mundo? ¡No te alegra el ver á tu cabecera á la emperatriz tu esposa y señora nuestra, y á los príncipes tus hijos? ¡No ves á tantos reyes y príncipes, que siendo grandes señores en sus estados, son en tu presencia humildes vasallos? ¡Pues qué te aflige señor? Alégrate y divierte tus males.» A lo que el sabio monarca respondió: «¡De qué me sirve ser el mayor señor del mundo, y tener tanto poder como acabas de decir, si todo él no alcanza á aliviar una pequeña parte de estos dolores que me acaban la vida? Esta es dádiva del Dios criador, que me la ha conservado hasta ahora, y no sé cuando me la quitará; y pues nada de cuanto has dicho es capaz de dilatármela, ni un día siquiera, quitaos allá todos, y dejadme morir en mi tristeza.» Y

acabando de pronunciar estas palabras espiró, á los treinta y cinco años de reinado, á los fines del año de un conejo, que corresponde al de 1298, en su corte de Tenayocan.

Fué muy sentida la muerte de este príncipe, porque habiendo conocido por experiencia los vasallos la grande utilidad que les resultaba de la agricultura y demas artes que con tanto teson procuró establecer, lloraban en su muerte la pérdida de un verdadero y amoroso padre, que no tuvo otro objeto en todas las sabias máximas de su gobierno, que el mayor bien y felicidad de sus súbditos. No solo era accesible su trono á todos los vasallos, sin exceptuar el mas miserable, para oír sus quejas y escuchar sus peticiones, sino que él mismo personalmente salia á visitar los pueblos, y á convidar con su benévola y afable presencia para que todos acudiesen á pedirle; porque en darles, consolarles y remediar sus necesidades tenia su mayor contento y satisfacion. No hubo en su reinado otra acción militar que la rebelion del capitán Ocotox que dejamos referida; pero no por eso dejó el sabio monarca de mantener un buen pie de ejército, ni se descuidaba en que se ejerciese continuamente, haciendo con frecuencia ciertos alardes y aparentes reencuentros entre ellos mismos, y premiando á los mas que se señalaban en ellos, como si efectivamente hubiesen hecho mérito en guerra viva.

Aunque el rey Quinantzin asistia de continuo al lado de su padre, especialmente en estos últimos años de su enfermedad, iba algunos dias á su corte de Tezcoco, para dar sus providencias en aquellas cosas de gobierno que ocurrian, y el dia del fallecimiento del emperador se hallaba ausente de Tenayocan en su corte. Fueron

luego á darle aviso, y él vino prontamente á hallarse á las exequias. Celebráronse estas con la mayor solemnidad, y con las mismas ceremonias que las de sus antepasados, dándole sepultura en la propia cueva en que asistian su padre y abuelo, con asistencia de todos los príncipes y grandes señores del imperio.

El padre Torquemada dice que quemaron el cuerpo y pusieron las cenizas en una caja de esmeralda, que algunos dicen tenia una vara en cuadro, y la cubrieron con una plancha gruesa de oro, guarnecida de muchas piedras preciosas; pero en esto hay error, ó engaño en quien le dió la noticia, porque en estos tiempos no acostumbraban quemar los cadáveres, sino enterrarlos; y así lo asientan contestes los autores indios de mejor nota; y aunque un anónimo de los que tengo refiere esta fábula de la caja de esmeralda, atribuyéndola no á este emperador, sino á su sucesor Quinantzin, no tiene autoridad. Tambien Boturini trae esta especie, atribuyéndola á el emperador Tecotlalatzin como diré en su lugar.